





# Ana Wägner, la científica apasionada

De padres suecos aunque más canaria que el gofio, esta brillante endocrinóloga es experta en diabetes tipo 1. Investiga y enseña, pero lo primero son los pacientes

♦ Ángeles Arencibia (©) José Carlos Guerra / Quique Curbelo

“Es extraordinario”. La expresión la pronuncia la doctora Wägner y lo hace al referirse a recientes avances en el manejo de la diabetes tipo 1, una enfermedad en la que es una experta. “Me fascina”, dirá en otro momento de la conversación sobre el mismo asunto, esta vez al explicar adelantos que proponen los propios pacientes.

Ana Wägner (Las Palmas de Gran Canaria, 1971) fue una estudiante más que brillante. Hizo medicina en la ULPGC, donde con 28 matrículas de honor logró el mejor expediente de su promoción. Obtuvo la décima mejor nota en el MIR (médico interno residente) entre 17.000 aspirantes y eligió especializarse en el Sant Pau de Barcelona.

Después coordina desde Copenhague la Red Europea de Genética de Diabetes Tipo 1, un proyecto en el que participan más de un centenar de centros de investigación pertenecientes a 28 países europeos. La inmensidad de datos que proporcionó este estudio ha permitido aclarar algunas incógnitas, pero aún no por qué la diabetes tipo 1 infantil es más frecuente en Canarias que en el resto del país.

En la actualidad y desde hace doce años ejerce como endocrinóloga en el Hospital Insular de Gran Canaria.

De padres suecos enamorados

de las islas desde antes de su nacimiento, Ana es una nórdica muy canaria que habla con acento isleño y nada desde la infancia (primero en el hoy Club Natación Las Palmas y después en el Metropole). De joven practicó el triatlón y como nadadora disputó competiciones nacionales absolutas, época de la que guarda alguna medalla. Hoy sigue en la piscina, ahora “casi una terapia”. Compite con el equipo máster del Metropole en los campeonatos nacionales de invierno, a veces también en los de verano y suele ganar oros y platas. Sus pruebas preferidas son 50 y 100 libres, espalda y estilos.

Casada con José Luis Porta, experto en energías renovables, tienen tres hijos, de 14, 12 y nueve años, y aún no ha quitado, por cierto, la sillita para bebés del transportín de la bici con la que suele acudir al trabajo. La doctora Wägner compagina la consulta en el hospital con la investigación y la docencia en la ULPGC, aunque “lo primero son los pacientes”.

A esta vocación principal tiene “la suerte” de poder agregar la de investigadora gracias al respaldo de su jefe, el doctor Javier Nóvoa, y a la complicidad del resto del equipo de endocrinología. “Soy un bicho raro. Los clínicos me ven como investigadora y los in-

vestigadores me ven como clínica”, admite.

Acepta esta entrevista por una cuestión de militancia, que, la verdad sea dicha, mucha gracia no le hace esto de salir en los papeles: “Luego decimos que las mujeres somos invisibles”, argumenta para sí misma. La doctora Wägner se confiesa acostumbrada a tirar del carro. “Me dedico mucho a empezar proyectos, cosas nuevas, y si alguien me dice: ‘esto se ha hecho siempre así’, contesto: ‘pues qué les parece si cambiamos’.

Esta doctora sueca es más canaria que el gofio pero habla varios idiomas. También desprende mucha energía. Seguramente la

**“Me dedico mucho a empezar proyectos, cosas nuevas, y si alguien me dice: ‘esto se ha hecho siempre así’, contesto: ‘¿pues qué les parece si cambiamos?’”**

piscina tenga algo que ver, aunque más bien que el empuje sea de origen académico.

“Me gusta mi trabajo, soy feliz”, señala. “La atención a la diabetes tipo 1 está cambiando mucho y no podemos permitir que nuestros /as pacientes no tengan la mejor atención porque no tengamos las competencias adecuadas. De ahí la necesidad de aprender de gente que esté en la frontera de lo que se conoce”.

“La tecnología está empezando a automatizar la administración de insulina, hay gente que lleva una especie de administrador semiautomático de insulina que, además de mejorarles el control, les facilita la vida. De momento esto está en fase experimental, pero a mí me encantaría aprender de gente que es puntera en esto y ver lo que están haciendo para luego aplicarlo”.

“Algunas de estas soluciones están ideadas por pacientes que son informáticos y las comparten en código abierto: combinan una bomba de insulina con un sensor continuo de glucosa que se comunican entre sí. Ya hay algunas soluciones comerciales primitivas, pero los pacientes van por delante. Conozco a algunas personas que lo hacen y me dejan su enlace para que yo vaya siguiendo su glucosa en tiempo real. Esto es fascinante”. ■

Ana Wägner en el parque Doramas de Las Palmas de Gran Canaria.